

Domingo 5º de Cuaresma. Ciclo B.

“Saber morir es ...”

Nos vamos acercando al final de la cuaresma; ya aparece cada vez con mayor claridad el destino de Jesús: el sufrimiento y la muerte en cruz por la salvación de todos. Por eso, con la celebración de la Eucaristía de este domingo V de la Cuaresma nos acercamos a la “**hora**” de Jesús, al momento culminante de su obra.

En este domingo, que quiere abrirnos las puertas de la Pasión de Cristo y del mundo, **la cruz de Jesús es el centro** de nuestro encuentro dominical. Se nos invita especialmente a poner nuestros ojos en Jesús, que por amor acepta hundirse en la oscuridad de la muerte, y así: nos da vida, transforma nuestros corazones, nos hace capaces de seguirle y nos recuerda que el fruto sólo lo puede dar el grano caído en tierra, el grano muerto. Ciertamente Cristo con su obediencia y su sufrimiento da cumplimiento a la voluntad del Padre, y con su sacrificio en la cruz, sellará la nueva y definitiva alianza de Dios con los hombres. Una nueva alianza, inscrita en el corazón de cada uno (1ª lectura), con una nueva ley basada en el amor, la gracia y la libertad. La experiencia profunda y personal de Dios en la vida de cada día, y especialmente en la oración y los sacramentos, han de ayudarnos a redescubrir con más fuerza la actualidad y vigencia de esta alianza que el Señor hizo con nosotros.

En este sentido, durante el tiempo de cuaresma, se nos invita a prepararnos para renovar con el Señor esta alianza, reconociendo nuestras infidelidades y acogiéndonos a la misericordia del Señor, para que él nos renueve por dentro y cree en nosotros un corazón puro (salmo responsorial) que nos ayude a comprender y vivir este gran regalo que el Señor nos hace. Para ello es necesario un camino de renuncia, de disponibilidad y servicio, como lo hizo Cristo, que sufriendo aprendió a obedecer, a ser fiel a la voluntad del Padre (2ª lectura).

El pasaje de san Juan que se proclama hoy como buena noticia en el Evangelio nos recoge un momento de la AGONÍA de Jesús. Jesús siente intensamente que la llegada “**la hora**”, el momento crítico, cuando todo está a punto, cuando hay que tomar la decisión definitiva. Una hora a la que el Señor le temía y la deseaba.

- **Es la hora triste**, por una parte. Jesús siente cerca la hora, el momento definitivo y se estremece en todo su ser. “*Aparta de mí este cáliz*”, esta hora, dice al Padre entre “*gritos y lágrimas*”. Es la hora mala, la de los malhechores, la del poder de las tinieblas. Es la hora de la traición, de la cobardía y las negaciones; es la hora de la soledad y de la angustia, del miedo y de la agonía.

Jesús no quería morir y, mucho menos, de manera tan cruel e ignominiosa. Y es esta debilidad de Jesús la que nos prueba la verdad de su encarnación, hasta qué punto es humano. Así: ¡nos alivia cuando nos sentimos débiles!.

- **Es, también, la hora del amor**. Es el momento más deseado por Jesús porque es la hora decisiva en la que completará su obra: “*He venido a traer fuego a la tierra y ¡cómo desearía que estuviera ya ardiendo!*”; “*he deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros antes de padecer*”. Por tanto:
 - .- **es la hora del amor**; del amor más grande que se manifestará no sólo en el momento de la Cena, sino en toda la Pasión, hasta llegar a la cruz.
 - .- **es la hora de la gloria**, de la vuelta al Padre. El crucificado es el exaltado; el que “*vosotros matasteis colgándolo de un madero, Dios lo resucitó*” nos dice san Pedro en los Hechos de los Apóstoles. El Crucificado es el Resucitado; victoria definitiva sobre la muerte. Su muerte se convirtió así en principio de resurrección, y todos nosotros que por la fe y el bautismo compartimos su mismo destino, estamos llamados a morir para vivir.

Como el grano de trigo cae en tierra y muere para dar fruto (Evangelio), así también nosotros tenemos que morir a nuestras esclavitudes, a nuestros pecados, al hombre viejo para dar fruto, para vivir en plenitud de gracia, para renacer al hombre nuevo. No es fácil comprender y aceptar el sufrimiento y la misma muerte. Si el dolor se acepta con fe podemos llegar a comprender que es principio de renovación y purificación, de vida y crecimiento, como el grano de trigo que muere y germina en fruto. El grano muerto en el Calvario germina en flor y en fruto de salvación para toda la humanidad.

Tenemos, pues, que SABER MORIR:

- saber morir es destruir las raíces de pecado que hay en el corazón;
- saber morir es enterrar el egoísmo y dejar marchitar el orgullo;
- saber morir es ser constructor de paz y desterrar la guerra y la violencia;
- saber morir es tener capacidad de servir generosamente a los demás;
- saber morir es amar a Dios con todo el corazón y con todas las fuerzas y a los hermanos;
- saber morir es sonreír a la adversidad y arrancar el pesimismo del corazón humano;
- saber morir es vivir en gracia y destruir el pecado;
- saber morir es dar la vida como Cristo en la cruz para salvar y redimir.

*Que al ir finalizando esta cuaresma
brote en nuestro corazón este deseo de renunciar a nosotros mismos
para vivir desde Cristo, para que con la ayuda de la gracia de Dios
“vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu hijo
a entregarse a la muerte por la salvación del mundo” (Oración colecta).*

Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.